



BR1600

C3

v.1

000150



1080014644

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

FIN FUNESTO
DE
LOS PERSEGUIDORES

Y ENEMIGOS DE LA IGLESIA.

El
261
C

FIN FUNESTO
DE LOS
PERSEGUIDORES Y ENEMIGOS
DE LA IGLESIA

DESDE HERODES EL GRANDE HASTA NUESTROS DIAS.

Obra dedicada á S. M.

VICTOR MANUEL II, REY DE CERDEÑA,

y escrita por

El Dr. D. Manuel Carbonero y Sol y Merás,

Parmenide Anfriso

ENTRE LOS ARCADES DE ROMA,

Camarero secreto de Copa y Espada de S. S. Pío IX.

Con un Prefacio Póstumo

DEL EXMO. e ILLMO. SR. OBISPO DE LA HABANA.

TOMO PRIMERO.

MEXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y C.^a Escalerillas núm. 21.

1877.



44802
VALERDE Y TELLEZ

BR 1600

C3

v. 1

Con censura y aprobación eclesiásticas.



FONDO MINISTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOS EL Dr. D. JOSE DE LORENZO Y
ARAGONES, Presbitero vicario eclesiástico de
esta heroica villa de Madrid y su partido.

Por la presente, y por lo que á Nóa
toca, concedemos licencia para que pueda
imprimirse y publicarse la obra escrita
por el Sr. D. Manuel Carbonero y Sol y
Merás, titulada *Fin funesto de los perse-
guidores y enemigos de la Iglesia*; median-
te que de nuestra órden ha sido exami-
nada, y no solo no contiene nada contra-
rio al dogma y sana moral, sino que, por
el contrario, su publicacion será prove-
chosa.

Madrid, 16 de Marzo de 1874.

Dr. José de Lorenzo.

Por mandado de S. S.
LIC. JUAN MORENO GONZALEZ,

De imprimir.

8
008150

PREFACIO.

Los que no leen los Libros Sagrados, ó, leyéndolos, no tienen fé en lo que dicen, no pueden llegar á comprender una verdad que salta á la vista en casi todas sus páginas; y es que, así como hay leyes universales que regulan el órden del universo, y particulares que subordinan el movimiento de cada uno de los séres materiales que contiene el movimiento general, las hay también para la existencia ordenada de un mundo mucho más noble que el material, que es el moral. Este mundo es el de los séres dotados de inteligencia, y por consiguiente de libre albedrío.

Crear que aquel que dictó leyes á los astros, al sol y á los demás planetas, para que con sus movimientos periódicos formasen la noche y el día, los años y los tiempos, no habia de dictar-

las para que los seres inteligentes reglases los movimientos de su espíritu y las aspiraciones de su corazón, es no conocer la sabiduría infinita de Dios, que dispuso *todas las cosas con medida, y número y peso*, como dice el Sabio (1). No advertir que quien juguetea con los Leviatanes que viven en los cóncavos senos de los abismos, cual si fueran corderillos que saltan en prado ameno, y formó candados y cerrojos para el Océano enfurecido, diciéndole con imperio al señalarle las arenas, *hasta aquí llegarás y aquí se humillarán tus enrespadas olas* (1), no había de tener una mano fuerte para aferrar las inteligencias altivas que no reconociesen que también para ellas hay arenas, de las cuales no pueden pasar, es no conocer que Dios es infinitamente justo, así como es infinitamente sabio é infinitamente misericordioso.

La misericordia y la justicia son las leyes reguladoras del mundo moral: increados y eternos en la naturaleza divina estos atributos, no podía existir ser alguno inteligente fuera de Dios, sin que debiese su existencia á la pura bondad divina, y sin que la ordenase segun exigia su

(1) *Esp.*, cap. XI, vers. 21.

(2) *Job.*, cap. XXXVIII, vers. 11.

justicia. Y para que así sucediera, ni una sola inteligencia, ni un solo espíritu, ni una sola alma racional saldría de la nada por la virtud del Criador, sin traer impreso en sí misma el sello de estos dos atributos. La lumbre del rostro divino baña á esa inteligencia, imprimiéndole el carácter que la distingue de todos los seres materiales ó puramente sensibles; y la enseña que, si aquellos son regidos por las leyes cuyo imperio no pueden eludir, porque no las conocen ni pueden conocerlas, ella, que es superior á la animalidad y á la materialidad, por ser racional, y tiene una gran afinidad con Dios, por ser inteligencia espiritual, se ha de atener en sus actos á las leyes eternas, concibiéndolas, sin que pueda jamás eludirlas, ni evadirse de su imperio, ni evitar sus resultados: pues, ó ha de ser objeto de las que corresponden á la bondad y misericordia, ó victima de las que establece la justicia.

Esto equivale á decir que los seres racionales están sujetos á las leyes determinadas para sus actos, en el período que llamamos tiempo, y para su destino en el que llamamos eternidad. Y bien puede el hombre pretender desconocer esas leyes, ó afectar ignorancia de ellas: bien puede el impío revolcarse y enroscarse como la sierpe,

forcejeando contra la mano poderosa que la tiene aferrada por el cuello, para no reconocer el imperio de la ley: que al fin ha de llegar un momento en que, quiera ó no quiera, ha de tener ciencia infalible de esas leyes reguladoras de su existencia, puesto que todos los hombres, sin exceptuar ninguno, *hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba, según lo que ha hecho, ó bueno, ó malo* (1). En aquel momento nadie puede recibir premio ó castigo, sin que le acompañe el conocimiento perfecto ó cabal de las leyes que observó ó infringió, y de la misericordia y justicia con que Dios premia, y de la justa severidad con que castiga.

Sugiérenos estas ideas la materia importante é interesantísima que contiene esta obra, pues vemos aplicadas estas leyes en una muchedumbre de hombres, cuyos nombres se refieren, cuyas acciones se relatan, y cuya triste suerte se lamenta. Y es ésta tanto más digna de llorarse, cuanto más elevadas son las personas sobre quienes ha recaído, y cuanto más clara se les manifestó la verdad, presentándoseles ésta co-

(1) *Cer.*, cap. V, vers. 10.

mo antorcha luminosa que les mostraba el camino de la justicia y de la rectitud. La razón natural se las indicaba; las sagradas letras se las señalaba, poniéndoles en una página la ley y en otra el castigo: la experiencia de los escarmientos en cabeza ajena les avisaba que podría sucederles á ellos lo que había acontecido á otros; y sin embargo, emprendieron con valor temerario y soberbio el camino de la injusticia, y marcharon con frente altiva, declarando siempre guerra á la ley, y al cielo de donde descendió, hasta que al levantar un pié para andar, de émbito tronó el cielo, cayó el rayo, hirió su cerviz, y el pié levantado dió el paso en los diatales de la eternidad.

Cualquiera comprende quiénes son los hombres de que tratamos: son los perseguidores de la Iglesia de Jesucristo; pero no así como quiera los perseguidores, sino en especial aquellos que han perseguido la verdad despues de haber sido ésta conocida, pues que ésta, como sol irradiante, habia extendido por toda la tierra tanta luz, que no era posible que hombre alguno se librase de su calor. Y nos hemos referido á estos hombres cuando hemos dicho que los que no leen las Escrituras, ó, si las leen, no creen en ellas, no pueden comprender que hay leyes re-

guladoras del mundo moral, así como las hay que ordenan el mundo material; porque esos hombres han obrado como si no existieran esas leyes y un Legislador eterno, ó han sido tan temerarios y audaces, que, conociendo la existencia de la ley y del Legislador, han saltado por encima de todo, declarando la guerra, como decía Job (1), al que es Todopoderoso.

La Iglesia católica no empezó sino entre persecuciones, pues la muerte de Jesucristo fué el resultado de una persecucion pertinaz y cruel de la Sinagoga. El fin trágico que tuvieron los autores y ejecutores de esta persecucion, parece que constituye una escena particular, diferente en un todo de cuantos han ocurrido en materia de castigos: el sitio de Jerusalem por los romanos; la muralla de tierra que se levantó alrededor de la piedra, no dejando una sola abertura; el hambre que se padeció, hasta el estremo de comerse las madres á sus hijos; los muertos que hubo; y por fin, el desenlace que hubo de este sitio, es una cosa singular y única en la historia del linaje humano. Cualquiera puede leer esta historia en Josefo, hebreo, en su obra sobre las *Antigüedades de los judíos*.

(1) Cap. XX, vers. 26.

Pero así como la cuna de la Iglesia fueron las persecuciones, diremos de ella, hablando en estilo humano, que su puericia, su adolescencia y su edad viril se han desenvuelto tambien entre las embestidas de los perseguidores. Y el que crea que este cuerpo místico de Cristo ha de gozar de paz mientras vivo en la tierra, no conoce la naturaleza de la Iglesia. Llámase *Militante*, no solo porque cada uno de sus miembros ha de ser un soldado de la milicia de Cristo, que combate por ganar el reino de los cielos, sino tambien porque toda entera está esta Iglesia haciendo la guerra al error, á la mentira, al padre de ella y á sus afiliados que le sirven con todas sus fuerzas, y porque estos no dejan pasar un solo dia sin que asesten contra la fortaleza de la fé sus máquinas guerreras y disparen contra sus bastiones cuantos proyectiles se fraguan en el arsenal del averno.

Así es que, sin haberse concluido las persecuciones de la Sinagoga, empezaron las del imperio romano; y sin haberse concluido las de sus Emperadores y procónsules feroces, empezaron las de los herejes, formándose desde entónces tal mezcla de perseguidores, que, mejor que perseguidores aislados, puede decirse que ha sido un ejército compacto, compuesto de toda

clase de hombres, y ordenados todos en batalla, para ver si pueden destruir la gran fortaleza fundada por Cristo. Si fuéramos á contar los estandartes que se han levantado para hacer guerra á la Iglesia, desde Cerinto y Ebion hasta Lutero y Calvino, y desde el filósofo Porfirio hasta sus últimos discípulos los racionalistas de nuestro tiempo, se formaría un ejército tan numeroso con la gente que ha militado bajo esas banderas, que no cabría en el valle más vasto que haya en la tierra. Pero el recuento de tanto ejército destruido engendra á la vez lástima y gozo: todos sus soldados yacen en el polvo; todos sus capitanes han vuelto á las tinieblas de la tumba; mas la Iglesia vive, y vive irradiante en gloria, rodeada de trofeos de victoria, lozana, vigorosa y aguerrida, esperando nuevos combates para obtener nuevos triunfos.

Hay que distinguir, sin embargo, entre perseguidores y perseguidores, y entre un género y otro de ignorancias, ora para medir la extensión de su crimen, ora para apreciar la mayor ó menor compasión que inspira su castigo. A mediados del siglo IV, un hombre, llamado con razón *el Ciceron cristiano*, el célebre Lactancio, maestro del César Crispo, hijo de Constantino el Grande, escribió una obra sobre el fin trágico de los per-

seguidores de la Iglesia; y es preciso confesar que, aunque las escenas son varias, los individuos no tienen sino un matiz: este matiz es la ignorancia. Aquellos perseguidores no sabían lo que, era revelación, lo que eran los Libros Santos, los que eran las profecías, lo que era la palabra de Dios; llevaba, sí, impresa en sus almas la imagen de la naturaleza divina, y lo iluminaba la luz de la razón natural, aunque ésta estuviese como amortiguada por el denso humo de las pasiones; era ignorantes con ignorancia crasa, y por consiguiente eran bárbaros, eran feroces, y cuando perseguían á los cristianos, acometían como el toro, que cierra los ojos y arremete al gladiador, aunque éste le espere con la espada, á cuyos filos muere.

Pero despues de Lactancio fueron saliendo á la liza contra la verdad otros que no eran bárbaros ni ignorantes, pues la luz del cielo había iluminado ya el horizonte de la humanidad; y estos son los hombres que inspiran gran compasión, pues pudieron leer en los Libros Santos las leyes de misericordia y de justicia que rigen el mundo moral; y siendo Reyes y Emperadores, pudieron ver tambien las que con ese carácter existen para ellos. Pero les sobrevino la más terrible de las obscaciones, que es la que pro-

viene de la malicia, y de cada uno de ellos se puede decir, con David (1), que *no quiso entender, para no obrar bien.*

En efecto: apénas hay nada más expresamente conseguido en las Divinas Letras que las leyes de misericordia y de justicia, que comprenden á los soberanos. Allí consta que es un acto de la misericordia de Dios el ser llamado á la dignidad real ó imperial, pues es Dios quien da y quita el imperio como le place (2). Allí se dice á los Reyes que amen la justicia y que piensen bien del Señor y lo busquen con sencillez de corazón (3); y que entiendan que el Señor les ha dado la potestad, y que del Altísimo les viene la virtud, como á ministros que son de su reino (4). Allí se les avisa, por fin, que cuando juzgan están en consorcio con Dios, y hacen sus veces, y que cualquiera sentencia que dieren recaerá sobre ellos (5).

Pero también se les dice que al lado de esta misericordia que Dios usa con ellos, está el ri-

- (1) Salmo XXXV, vers. 4.
 (2) Dan., cap. IV, vers. 22.
 (3) Sap., cap. I, vers. 1.
 (4) Sap., cap. VI, versículos 4 y 5.
 (5) II Paral., cap. XIX, vers 6.

gor de una justicia inexorable, con que se ha de juzgar á los que presiden; y se les previene que *el Señor se dejará ver y caerá sobre ellos espantosa y repentinamente* (2). Y lo que más terror debía causar en los Reyes es que allí también consta la sancion penal de estas leyes, ejecutada en muchos, ora por no haber reconocido que su imperio les venia de Dios, ora por haber abusado de la potestad, ora por haberse ingerido en asuntos de religion, ora, en fin, por haber perseguido la verdad. Allí es un Faraon, sumergido en el profundo del mar, por haber despreciado al Señor (3); aquí un Nabucodonosor, despojado de su imperio y arrojado como bestia á habitar en el monte (4); hoy es una Atalía muerta violentamente, y una Jezabel, arrojada por la venetana para que la devoren las fieras, por haber perseguido las dos á los Profetas y sacerdotes (5); mañana un Joas, asesinado alevosamente por sus siervos, en castigo de la sangre que

- (2) Sap., cap. VI, vers. 6.
 (3) Ecod., cap. XIV, vers. 29.
 (4) Dan., cap. IV, vers. 30.
 (5) II Paral., cap. XXV, vers 21.—IV Reg, cap IX, vers 25.

derrámolo del sacerdote Zacarías (1); y después un Antíoco, que, cargado de sacrilegios cometidos en el templo, y devorado por crueles remordimientos en su alma y por los gusanos que bullen y rebullen en sus carnes corrompidas, dice con voz ronca, ya casi para espirar: *Justo es que el hombre se sujete á Dios, y que un mortal no pretenda apostárselas á Dios* (2)

Todo esto pudieron saber y meditarlo detenidamente los Reyes y los príncipes que, pasados los cuatro primeros siglos de la Iglesia, se empeñaron en perseguirla, y, sin embargo, no lo vieron ni quisieron saberlo. ¡Cosa singular! En los tiempos de la Ley de gracias hemos visto reproducido exactamente el fin trágico que tuvo en los de la Escritura uno de los mayores perseguidores de los Profetas. Salíó á combatir contra el rey de Siria el rey Acab de Israel, acompañado de Josafat, rey de Judá; y sabiendo que todo el furor de los asirios se había de dirigir contra él, se despojó de sus vestiduras reales, quedando en simple hábito de soldado. Acompañábase Josafat vestido de Rey; y creyendo

(1) II Paral., cap. XXIV, vers. 25

(2) II Mach, cap IX, vers. 13.

los asirios que era el monarca de Israel, le acometieron todos; hasta que, visto el engaño, cesó la pelea. Pero hé ahí que un soldado quiso probar su arco, y tiro una saeta; esta saeta fué de rechaza á traspasar el corazón del impío Acab. Lo mismo aconteció á Juliano Apóstata; una saeta tirada al acaso fué á atravesarle el corazón sacándosela él con furor, y diciendo ya moribundo: *¡Venciste Galileo!* Este Galileo era Jesús, á quien perseguía.

¡Triste condición humana! Los perseguidores de la Iglesia, ni han querido aprender las leyes de amor y de justicia sobre las cuales, como sobre dos ejes, se mueve el mundo moral, ni han escarmentado en cabeza ajena, y ni aun en los castigos de su propia familia. En los tiempos de la Edad Media se levantó un Emperador contra el más heroico de los Papas; murió mal, y no lo quiso ver su hijo, que redobló las persecuciones; también éste tuvo un fin trágico, y tampoco lo aprendió su sucesor. Y otro tanto acabamos de ver en nuestros días. Un hombre á quien al principiar este siglo parece que Dios le entregó los reyes de la guerra, junto con el imperio que fuera de Carlo Magno, se constituyó en opresor del Vicario de Cristo; y le costó tan caro, que fué á morir en un peñón lejano de los mares. Vi

no otro de su misma estirpe, de su misma suerte y de glorias parecidas; y no queriendo aprender la lección, hizo como filósofo respecto al Vicario de Cristo, lo mismo que hiciera como soldado violento su deudo y antecesor. La lección no se hizo esperar: en los campos de Sadaa resonó aquella voz terrible, procedente de Aquel á quien se le dice desde la eternidad que las naciones son suyas, y que las ha de gobernar con centro de hierro, y las ha de hacer pedazos, como si fueran un vaso de arcilla, y esta voz decía así: *Y ahora, entendadlo ¡oh Reyes! y enseñaos los que juzgais la tierra* (1).

† Jacinto Martá,
OBISPO DE LA HABANA

(1) Salmo II, vers. 10.

INTRODUCCION.

La acción de la Providencia es tan evidente en la historia de la humanidad, como inflexible la ley de la justicia de Dios sobre los que infringen sus preceptos ó tratan de oponerse á sus designios. La lucha entre el bien y el mal; el premio de los que en ella vencen, y el castigo de los que quieren ser vencidos, tal es el compendio de la historia de todos los hombres, de todos los pueblos, de todos los siglos.

El pecado de nuestros primeros padres rompió la armonía perfecta de la creación. La palabra de Dios había señalado al primer hombre